La ternura del fantasma

Enrique Páez

La ternura del fantasma

Enrique Páez

Avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2023
© Enrique Páez, 2023

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-19970-55-8
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-34921-2023

Dedicado a Bea,
que me hace feliz todos los días
desde hace más de veinte años

Los que no pueden recordar el pasado
están condenados a repetirlo.
(Those who cannot remember the past
are condemned to repeat it).

George Santayana,
The Life of Reason, 1905

UNO:

El llanto del fantasma

Cuando llamaron por teléfono para decirme que te habían detenido, que estabas encarcelado —no sé si en una comisaría, o en los juzgados, la cabeza me daba vueltas—, lo primero que pensé es que se habían equivocado. Que no eras tú. O que alguien te había engañado. Que, como mucho, te habrías pasado con la cerveza y los calimochos en una noche de fanfarria y habías roto los espejos, los cristales de algún bar, y hasta es posible que un par de mesas. Por un momento el

equilibrio me falló, la sangre abandonó mi cabeza y se concentró revuelta bajo el diafragma. Me dejó la piel fría, estremecida. Recuerdo que ese día estaba sola en casa, que Alberto tenía guardia, que tenía los pies desnudos, abiertos los dedos sobre las baldosas como un ave palmípeda, y que una mano helada, mi mano helada, aferraba el teléfono.

Tu cara, de ojos grandes y negros, aún cubierta de papilla, de Nenuco y plastilina, se presentó ante mí. Fue una visión fantasma. No más de dos segundos. De pronto tenías cinco, diez, quince años menos, y hacías un avión con la palma de la mano, calentabas motores, y lo hacías volar por el pasillo, a la carrera, las rodillas con hoyuelos, los muslos gordos, con olor a leche, la otra mano cerrada en un puño de algodón, vestido con la camiseta a rayas de papá, demasiado grande, que te tapaba de forma intermitente la rodilla.

Tú, que tantas veces habías dicho que querías ser policía, estabas ahora en comisaría, pero

al otro lado del mostrador, en el lugar oscuro, contra la pared, castigado, con un cucurucho en la cabeza, orejas de burro y los brazos en cruz.

Fue una ensoñación urgente, como un conjuro. Nada malo te podía pasar. Yo iba a cuidar de ti. Tu hermana Lola cuidaría de ti, mi pequeño Lobo. Porque si tú eras el lobo, ya no tendrías miedo a nada. ¿Te acuerdas? *Cinco lobitos, tiene la loba, cinco lobitos detrás de la escoba.* Te cantaba alguna vez, cuando eras solo un poco más pequeño que ahora. Sólo un poco más pequeño, Ulises. O aquello de José Agustín Goytisolo, susurrado a la oreja: *Érase una vez un lobito bueno al que maltrataban todos los corderos*. Hubiese seguido soñando, de pie, con el teléfono en una mano, si no hubiese sido por Daniel, al que oí llorar al otro lado de la línea.

—Pero ¿cómo que está detenido? ¿Qué ha pasado, Dani?

Y Daniel seguía llorando. Hipando a ratos.

—No sé. No sé —repetía una y otra vez, como un autómata, como si alguien le estuviera

interrogando con insistencia—. Estaban hablando de él en las noticias, en televisión. Se están metiendo con él, diciendo que era un asesino, y ahora la gente está llamando todo el rato por teléfono, y yo no sé nada. No me han dicho nada, Lola, te lo juro. Yo no sé nada.

Me costó tranquilizarlo. Le pedí que descolgara el teléfono cuando dejáramos de hablar, y que me llamara si sabía algo nuevo, si volvían sus padres. Nuestros padres. Con quince años, Dani no tenía por qué aguantar llamadas de nadie. Papá y mamá estaban contigo, Lobo, en los juzgados, o en comisaría, allá donde estuvieras, y a Dani lo habían dejado solo. No pensaron que aquello fuera en serio, que la radio y la televisión dieran la noticia tan pronto.

Cuando colgué el teléfono ya sabía que tú, Lobo, mi hermano Ulises, no habías roto sólo un par de cristales. No había sido una simple juerga de estudiantes borrachos, la despedida a un amigo que se va a la mili, una broma de adolescentes que desconocen el tamaño de su cuerpo y la

potencia de sus músculos. No era nada de eso. Estabas acusado del asesinato de un emigrante magrebí, y la imagen de la muerte regresaba a mí, tras tanto tiempo mal disimulada, como un conjuro, como una herida sin cicatrizar.

Te veía ahora, sin verte, trataba de imaginarte con una daga ensangrentada en la mano, chorreando aún gotitas de sangre caliente, con un gesto de desprecio tras la máscara de Jack el destripador, Antonio Anglés, Iván el terrible, Ramón Mercader, Calígula. ¿Qué coño tienes tú que ver con todos ellos, Lobo? No podía creerlo, pero las noticias en la radio, en televisión, y al día siguiente en los periódicos, repetían una y otra vez la verdad que yo me resistía a aceptar. Repetían una y otra vez que tú, Ulises Calero, alias Lobo, junto con otros tres rapados, en una noche brillante de alcohol, habíais golpeado hasta la muerte con las cadenas y pitones de las motos, a un emigrante argelino. A un muchacho de diecinueve años, Omar M. Jashata. Un árabe

sólo dos años mayor que tú, de manos grandes y pelo ensortijado, recién salido de la adolescencia.

Entonces supe, sé desde entonces, que estábamos todos cometiendo un gran error. No sólo tú, Lobo, mi pequeño *skin*.

Por cierto, ¿de dónde has sacado esa cara de bestia, ese rostro irracional, de pura carne con ojos, que publican todos los periódicos? Me costó reconocerte en esas fotos crueles, créeme. Tal vez porque no quería verte así. Cómo iba a saber, siquiera imaginar, que eras tú el que con gritos y amenazas descerebradas se asomaba al otro lado de la pantalla de mi televisor pidiendo limpieza en las calles, barrer la basura de los emigrantes, hablando de moros y negros que vienen a robar, a acostarse con nuestras mujeres, a quitarle la comida a nuestros hijos. ¿De qué negra camada has nacido tú? ¿Quién te ha emponzoñado la frente hasta ese punto?

Me llaman periodistas y amigos. Ya imaginas. Y muchos otros, buitres que huelen y comercian con carroña informativa. *¿El asesino es*

de tu familia? ¿Tu hermano es ese matón racista que confunde a emigrantes con cucarachas? No me lo preguntan así, ya te imaginas, pero yo sé traducir el asombro de la voz. Es normal. ¿Cómo no pedirle a un amigo que sea antirracista, que sea antifascista? ¿Qué no pensaría yo de ti, si no fuera tu hermana Lola, si no te hubiese atiborrado de biberones cuando aún eras un meón incontinente, si no hubiese empujado tu columpio y te hubiese esperado mil veces a la bajada del tobogán que estaba en el parque Wellington, a orilla de la iglesia? ¿De dónde sales, Ulises? ¿Desde cuándo has perdido el camino de vuelta a casa, Lobo? ¿En otro bosque, atiborrado con las flores de la intolerancia en una nueva lotofagia del averno?

Hablé esta mañana con tu padre. Yo hablé con él, pero él apenas habló conmigo. Ya sabes cómo es de reservado. De pequeña yo lo confundía con el fantasma. No creo que te lo haya contado nunca, a pesar de que yo hablo mucho. Lo curioso es que, cuando llamé esta mañana,

era para saber algo de ti, qué había pasado, cómo estaba tu hermano Daniel, tus padres, qué posibilidades había de que te sacaran pronto de allí; y colgué sin saber nada nuevo, pero después de haber llorado un rato. Tu padre también lloró, aunque tal vez para ti eso no sea novedoso, incluso te avergüence. Tu padre llorando. No, no creo que te agrade la idea. Y, sin embargo, te puedo asegurar que es una de las lecciones más sabias que puedes aprender de nadie. Aprender a llorar.

Yo no lo conseguí hasta que cumplí los treinta, gracias a Alberto. A llorar con ganas, quiero decir, no como acto reflejo. No el llanto infantil que surge después de haberme arañado la rodilla contra el asfalto, después de haberme roto un diente de leche tras la zancadilla de otra niña, después de una negativa materna a comprarme un helado a mediados de noviembre. No ese llanto. Me refiero al que sale despacio al principio, como si llegara de puntillas. No me refiero al llanto que brota después de haber recibido